

¡Y qué hermosa estaba, qué hermosa! Leon sentía sobre sí el efecto irresistible de belleza tan acabada en rostro y figura, de aquellos ojos en que algo se veía semejante á la inmensidad turbada y resplandeciente del mar cuando se mira al fondo para descubrir un objeto perdido. Separóse de él María, y en pie delante de un espejo, alzó las manos para desarreglarse el cabello. Las gudejas negras cayeron sobre sus hombros, que no podían compararse propiamente al frío mármol, sino á la más hermosa carne humana, pues también hay carne de Paros, á eso que el misticismo llama barro y ha servido al divino artífice para tallar ciertas estatuas mortales que parece no necesitan de un alma para tener vida y hermosura.

—¡Qué guapa!—exclamó Roch, hundido en su sillón como un estúpido.—¡Cada vez más guapa!

Después de culebrear en derredor del espejo, María entró en su alcoba. Leon puso su cabeza entre las manos y estuvo meditando largo rato. Tenía fiebre. Después se levantó airado consigo mismo ó contra álguien.

—¡Necio de mí!—exclamó con su voz más íntima.—Una esposa cristiana quería yo, no una odalisca mogigata.

XV

Un convenio como los que la diplomacia llama «modus vivendi.»

Pasó algún tiempo. De pronto María lanzó un grito agudo, desgarrador; Leon fué corriendo á la alcoba y vió á su mujer incorporada en el lecho, con los brazos tendidos, los ojos extraviados.

—Leon, Leon,—dijo con espanto.—¿Eres tú? ¿dónde estás? ¡Ah! Ya te veo... Abrazame... ¡Qué horrible pesadilla!

Leon procuró tranquilizarla, y la verdad es que se tranquilizó pronto con la apreciación de la realidad, panacea de los desvaríos de la imaginación.

—¡Qué sueño!... Figúrate... soñé que te habías muerto y que desde lo más hondo de un hoyo negro me estabas mirando, mirando, y tenías una cara...! Después aquello pasó... Estabas vivo; querías á otra... Yo no quiero que quieras á otra.

Encadenó con sus brazos el cuello de su marido.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Tarde. Duerme otra vez que ya no tendrás más pesadillas.

—Y tú, ¿no duermes?

—No tengo sueño.

—Entonces vas á velar toda la noche. ¿Qué haces? ¿Lees?

—Medito.

—¿Piensas en aquello que hablamos?

—En aquello y en tí.

—Eso, eso; piensa mucho en las verdades que te he dicho, y así te irás preparando sin saberlo... Me parece que oigo campanas. Toca á fuego.

Los dos escuchaban. Oíanse ladridos de perros, que en aquella zona de Madrid, donde por cada casa hay diez solares vacíos y solitarios, suelen reunirse para buscar despojos de cocina en los vertederos. Oíase asimismo el lejano chirrido de las ruedas del último tranvía, y también el ritmo metálico, ténue, seguro, invariable del reloj que Leon tenía en el bolsillo de su chaleco. Todo se oía ménos campanas.

—No, no es todavía hora de tocar á misa, —dijo él.—Duérmete.

—No tengo sueño, no quiero dormir,—re-

plicó María echando atrás su cabeza.—Me parece que he de volverte á ver en el fondo del hoyo, mirándome. Tú te reirás de esto. ¡Qué sandez! ¡Mirar y ver despues de la muerte quien cree y afirma que con la vida se acaba todo!

—¿Te he dicho yo eso alguna vez?—manifestó León con enfado.

—No me has dicho eso, pero yo sé que eso es lo que tú piensas; yo lo sé.

—¿Por qué? ¿Por dónde lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo sé; yo sé lo que tienen en el fondo de su cabeza ciertos filósofos; lo sé todo; y tú eres de esos. Yo no leo tus obras porque no las entiendo; pero quien las entiende las ha leído.

Leon se apartó de su mujer vivamente afectado. Dió algunos pasos para salir de la alcoba; pero retrocediendo bruscamente volvió al lado de María, le tomó una mano y con voz severa le dijo:

—María, voy á pronunciar la última palabra, la última... He tenido en este momento una idea que me parece salvadora; idea que si es aceptada y practicada por ambos, nos sacará de este infierno.

Sobrecogida de emocion y respeto al ver la gravedad con que su esposo hablaba, María no supo decir nada.

—En dos palabras te expondré mi idea... ¡Proyecto feliz...! no sé cómo no me habia ocurrido ántes... Es lo siguiente: yo me comprometo á sacrificarle mis estudios y mis tertulias, te sacrifico la doble amistad de los libros y de los amigos. Mi biblioteca se tapiará como la de D. Quijote, y en nuestra casa no se volverá á oír ni siquiera un concepto sospechoso, ni una observacion mundana y ligera sobre las cosas más graves del espíritu, ni se hablará más de ciencias ni de historia; en una palabra, no se hablará de nada.

—¡Qué felicidad!—dijo María incorporándose para besar las manos de su marido.—¿Es cierto que me lo prometes y que cumplirás lo que me prometes?

—Te lo juro por lo más sagrado. Pero no cantes victoria ántes de tiempo. Ya comprenderás que no se hacen concesiones de esta clase sino á cambio de otras. Ya he dicho mi parte; ahora falta la tuya. Yo te sacrifico lo que llamas estúpidamente mi ateísmo, cuando es cosa muy distinta; sacríficame tú ahora lo que llamas tu piedad, muy problemática por cierto. Para que nos entendamos, has de renunciar á las devociones diarias é interminables, á confesar todas las semanas con un mismo padre, á ocuparte de los accidentes teatrales del culto. Irás á misa los do-

mingos y fiestas, y confesarás una vez al año, sin previa eleccion de sacerdote.

—¡Oh! es mucho, es mucho,—dijo María, moviendo sobre la almohada su linda cabeza cual si se compadeciera de sí misma por la deplorable mezquindad á que sus piedades quedaban reducidas.

—¡Mucho, te parece mucho, tonta! Bueno, aumentaré mi parte. Te concedo más; te concedo que, si reduces tus viajes á la iglesia, iré á ella contigo.

—¡Irás conmigo!—exclamó María saltando bruscamente en el lecho como un pez recién sacado del agua.—¿Es verdad lo que dices...? Tú me engañas.

—Iré, sí; iré... los domingos.

—¿Nada más que los domingos?

—Nada más.

—¿Y confesarás una vez siquiera cada año, como yo?

—Eso...—murmuró Leon.

—¿Vas á decir que no?

—Eso no... ¡Oh! tú pides demasiado de una vez. Mi sacrificio es inmenso, mientras el tuyo es insignificante. Te desprendes de lo supérfluo, quedándote con lo justo y razonable; te arrancas las feas tocas de mogigata para mostrarte con toda la belleza de mujer cristiana. Esto no es sacrificio: el mio sí que

es grande, doloroso, pues poniendo á tus piés mis estudios y mis amigos te pongo delante lo mejor de mi vida para que lo pisotees.

—Pero no es bastante, no,—dijo María con abandono.—¿Qué te importa dejar de leer, si piensas, piensas, y pensarás siempre lo mismo? Me acompañarás á la iglesia por fórmula; entrará tu cuerpo, y tu alma se quedará en la puerta; y cuando veasalzada la Hostia sagrada en las manos del sacerdote, soltarás dentro de tí una carcajada diabólica, si no es que estás pensando en los insectillos que ves en el microscopio, y que son, segun tú, la causa del sentir y el pensar en nuestro divina alma.

—No me hacen efecto tus burlas... Conozco el origen de esos juicios ridículos. Yo te prometo una asistencia re petuosa y una atencion sincera... ¡Ah! me olvidaba de otra particulariad. Tambien has de sacrificarme... bien lo merezco... la residencia en Madrid. Nos iremos á vivir á otra parte. Elige tú.

—Mucho pides... ¡qué abuso!—exclamó la dama con entonacion de niño mimoso.—¿Y qué me das tú? Una farsa de catolicismo, una máscara de fé puesta sobre tu cara de incrédulo. No, Leon, no puedo aceptar.

—No hay salvacion para mí,—exclamó Leon golpeando su cabeza con ambas ma-

nos. Despues de un instante de agitacion muda, miró friamente á su mujer y con solemne acento le dijo:

—María, nuestra separacion es inevitable. Yo no puedo vivir así. Dentro de unos dias todo se arreglará definitivamente. Tú te quedarás en esta casa ó irás á vivir con tus padres, segun quieras; yo me marcharé al extranjero para no volver jamás, jamás.

Se levantó. La dama piadosa á la moda le tomó las manos y estrechándolas contra su seno, rompió á llorar.

—¡Separarnos! —murmuró sollozando.— Tú estás tonto. ¡Ingrato!

María Egipcica sentia por su marido un afecto semejante al que él sentia por ella. Podria existir un abismo, un divorcio absoluto entre sus almas; pero ¡separarse!... ¡dejar de ser marido y mujer!

—Mi resolucion es irrevocable,—dijo con entereza Leon.

—Acepto, acepto todo lo que quieras.

Y más tarde, despues de algunas horas de sueño, volvió á oirse el grito de espanto y la explicacion de la pesadilla.

—¡Qué horrible vision! Ahora me he visto á mí misma muerta y mirándote desde el fondo del hoyo negro y profundo... Estabas abrazando á otra, besando á otra... ¿Pero es

ya de día? Ahora sí que suenan campanas.

En efecto, oíanse chillonas y discordes las esquilas colgadas en las torres de esa multitud de barracas enyesadas que en Madrid llevan el nombre de Iglesias dando testimonio así de la religiosidad de este pueblo.

—Llaman á las primeras misas,—pensó María.—Me muero de sueño... ¡á dormir!... Dan las ocho y siguen tocando, siguen llamándome... No, no puedo ir; he dado mi palabra... ¡Jesús, las nueve!... Perdon, perdon, campanitas de mi alma; no puedo ir hasta el domingo.

XVI

De Crematística.

Vinieron los días de la dispersion de las gentes. Hostigado por el calor, Madrid era un hormigueo de impaciencias buscando dinero. El oro subía como cuando hay guerra, y menudeaban en la Bolsa las pequeñas operaciones, lo mismo que si hubiera un aumento de negocios. Muchas familias apretaban el dogal atado á su cuello por las dilapidaciones del pasado invierno, y otras, no teniendo ni siquiera dogal, se consolaban encareciendo las ventajas y encantos del verano de Madrid, que supera, con sus paseos y embeladoras noches, al verano triste y eremítico de los pueblos circunvecinos. Veranear en Pinto ó Getafe es como invernar en el Escudo ó en Pajares.

Los Tellerías eran de esos que por nada se quedan. También ellos se iban, contra todo fuero y razón de la aritmética y dando al

traste con toda ley económica. Pero, obligada á estirar todo lo posible la primavera, la marquesa decia que el tiempo era aún tolerable, que en el Norte llovía mucho y hacia frío. No teniendo motivos para prorogar su viaje, sino ántes bien razones poderosas para acelerarlo, Leon fijó día en la primera semana de Julio. Pero la víspera del día marcado un suceso trastornó los planes de todos. Ya sabian los hijos del marqués que su hermano Luis Gonzaga estaba enfermo. Gustavo y Leon sabian algo más, sabian que estaba atacado de un mal muy terrible, perseguidor y verdugo de la juventud contemporánea, mal que se aviene con las naturalezas débiles y extenuadas por las pasiones ó el estudio. Como segun los informes de los padres de Puyó, la enfermedad de Luis estaba en su grado incipiente, no habian dicho nada á la marquesa, esperando que ésta sabria la verdad por sí misma al hacer la visita acostumbrada al establecimiento durante la temporada de verano. Pero inopinadamente cayó sobre la casa como un rayo de la ira celeste un aviso del rector anunciando que Luis Gonzaga habia entrado de súbito en un periodo alarmante y que... "deseando el jóven ver á su familia, saldria al siguiente día para Madrid en el tren expreso."

Absortos y afligidos se quedaron todos, y más aún cuando al otro día vieron entrar al infeliz jóven, que tan claro tenia en su persona el sello de la traidora dolencia y que semejaba un espectro en sotana. Su cara ofrecia, á pesar de estar ya como agostada por el frío beso de la muerte, gran semejanza con el rostro hermoso y vivífico de María. Ya se sabe que eran gemelos y que se parecian todo lo que puede parecerse un hombre á una mujer, sólo que la jóven, llena de aparente lozania, aventajó siempre en vigor y representacion física á su hermano, harto afeminado desde la infancia.

Barbilampiño y endeble se creeria nacido para el sacerdocio y para la contemplacion de las cosas espirituales. Sus ojos, que por lo verdes y expresivos parecian espejos en que se reflejaba la propia mirada de María Egipcíaca, estaban rodeados ya de un cerco oscuro. Durante su niñez y juventud habia vivido siempre acalorado por una fiebre constitucional, con la cual iba tirando como si fuera un estado fisiológico. Ahora, cuando la solucion estaba cerca, su fiebre era como un rescoldo interior que le consumia. La holgada sotana negra y floja marcaba al sentarse y al andar los duros ángulos del esqueleto; su voz parecia el eco de quien está hablando en algun

rincon invisible y profundo, donde las corrientes de aire suspenden, entrecortan y apagan el sonido, haciéndolo oscilar como el chorrillo de una gotera.

Sentado en un sillón, respondía á las demostraciones cariñosas de la familia con escasas frases en que la intensidad del afecto compensaba el laconismo, con apretones de manos, con miradas ardientes y amorosas.

Desolada y suspirante, la marquesa no sabía contener la expresión de su dolor, y sus quejas concluían siempre con proyectos de administrar á su hijo aires puros, aires campesinos, aires de establo y de llevarle á beber aguas salutíferas. Lo primero que se decidió fué celebrar junta de médicos, convocando á lo más selecto. El enfermo sonreía con expresión de incredulidad, pero sin oponer resistencia á nada, porque el hábito de la obediencia, tan arraigado en él, dábale fuerzas para dejarse zarandear en su agonía.

Leon no le había visto nunca. Cuando entró á verle, la marquesa le dijo:—Aquí tienes á tu hermano que no conoces.

—Le conozco,—dijo Luis Gonzaga, dejándose estrechar su mano flaca, ardiente y húmeda por la de Leon.

Y diciéndolo clavó en él la mirada atenta, penetrante, por tanto tiempo que la marquee-

sa, alarmada de aquel largo discurso de asombro mudo, dijo así:

—Ya sabes que es muy bueno.

—Ya, ya sé,—repuso Luis mirando á su hermana.—¿Y os marchais de Madrid?

—¿Cómo quieres que nos vayamos dejándote así?—replicó María derramando lágrimas.

—Pero tu esposo no querrá detenerse.

—Nos quedaremos,—afirmó Leon, sentándose en el grupo que rodeaba al joven.—Ni María quiere separarse de su hermano á quien no ha visto en tanto tiempo, ni yo quiero que se separe.

—Ni tampoco quieres tú separarte de ella,—añadió la marquesa.—Eres un modelo de maridos complacientes y bondadosos... Quizás nos vayamos todos juntos.

—Luis mejorará,—dijo Leon,—y entonces, emprederemos nuestro viaje.

No sabemos si era aquel mismo día ó el siguiente cuando Leon se hallaba á solas con su suegra, presenciando uno de los más fuertes accesos de tristeza que en ella había visto, y que se determinaban en suspiros, en lamentos de su desgraciada suerte y en protestas de poner las cosas en un pié conveniente de orden y economía. La excelente señora der-

ramaba algunas lágrimas, y estrechaba la mano de su yerno predigándole los nombres más dulces de que se vale el cariño materno.

Hallábase, según ella, la familia en uno de los más grandes conflictos que podrían ocurrir á familia alguna. La enfermedad de Luis Gonzaga exigía dispendios inmediatos. Ella no tenía carácter para tratar á la junta de médicos como trataba á sus acreedores de escalera abajo el marqués, cuyos despilfarros habían llegado á un extremo escandaloso. Ella estaba fatigada, consumida de aquel género de vida aparatosa y de relumbron en que la sostenía, mal de su grado, el orgullo de su marido y de sus hijos. Ella se consumía en el tedio de los saraos, y devoraba en silencio las ansias de aquella hambre disimulada y de aquel malestar continuo que hacia de su casa un infierno. ¡Oh! su educación, su clase, sus principios, sus nobles sentimientos pugnaban con la farsa; mas era débil, amaba entrañablemente aunque sin premio, á los mismos autores de aquel malestar, y no podía desprenderse de los hábitos que se le habían impuesto. Pero estaba decidida á ser enérgica, implacable, á cortar para siempre las malas costumbres introducidas en su casa, á enfrenar al marqués, á hablar claro, muy claro á sus hijos, á establecer un orden riguroso, excesiva-

mente, ferozmente riguroso, á vivir de sus recursos propios y naturales, renunciando al brillo engañoso y á la competencia ridícula con fortunas saneadas y enteras. Ella lloraba en silencio y podía á Dios que apartase de la casa de su hija las calamidades que pesaban sobre el hogar paterno, favor que Dios parecía resuelto á conceder desde que adjudicó á aquella bienaventurada un marido ejemplar, un marido juicioso, un marido modelo, un marido de elección, un marido canonizable, dicho sea con perdon de la Iglesia.

Y no sabemos tampoco si fué aquel día ó el siguiente cuando el marqués se encerró con Leon en su despacho, y con acento patético y desembarazado desarrolló ante los ojos de éste el panorama desconsolador de su propia situación, dando en él toques de grandísimo efecto, agrupando sabiamente las sombras, y dibujando con energía la figura más convincente, que era la enfermedad del mejor, del más querido de sus hijos. Esta desgracia venía á acercar la mecha á la casa de Tellería, toda desvencijada y llena de puntales, atestada de oropeles, de guñapos dorados, de bambolla inútil... Véase el insigne cuanto desventurado señor en frente de un problema terrible, y su decoro de hombre público y su dignidad de padre de familia estaban como

reos de muerte á quienes ya se ha subido en el fatal tablado. Lo peor es que no tenia él la culpa, sino la marquesa, autora indirecta de las *filtraciones* (gustaba mucho de emplear este término, tomado por la Hacienda al arte de la fontanería) que disminuian el caudal de su casa, mostrando el horrible cauce vacío... El por su parte se reconocia tambien algo culpable, porque habia querido sostener una posicion *exageradamente decorosa*, como hombre que se debe á su nombre, á su partido, á su patria; habia contado con el éxito de operaciones bien preparadas, y con las posiciones que adquirieran sus hijos. ¡Desengaño, ilusion!... Él, verdaderamente, no se reconocia impecable; él no dejaba de comprender que habia sido débil, excesivamente débil, ante el desenfrenado lujo implantado en su casa por la marquesa; él no debia haber autorizado con su presencia las comilonas, los tés, los *raouts*, los saraos, que llenaban de ruido, de murmuracion, de equívocos y de humo su casa en determinados dias de la semana; él debió resistirse, debió protestar, ¿quién lo duda? pero no protestó; fué cómplice, faltó á los sanos principios conservadores y preventivos, que eran norte y fanal de su conducta. Pero estaba decidido á cortar abusos, á *reformular radicalmente la administra-*

cion, á hacer economías, á sostener el orden doméstico, base de las virtudes privadas y públicas. Y no hablaba ciertamente á su yerno de este desagradable asunto con objeto de pedir su amparo para salir de los compromisos del dia, no; esto no era compatible con el decoro del suegro, ni con sus ideas extremadas en materia de dignidad; hablábale sin otra mira ulterior que darle á conocer la abrumadora realidad, para que, *usando de su prestigio cerca de la familia*, tratase de señalar á Milagros el abismo que á sus piés se abria. El pobre marqués se sacrificaba por todos, no queria nada para sí. La enfermedad de su hijo más querido le afectaba en extremo; no tenía gusto para nada y se sentia víctima de la fatalidad, de las pésimas condiciones de este *país ingobernable*, pobre, á pesar de la *fertilidad del suelo*. ¿Cómo hacer frente á las inmensas dificultades de tal situacion? ¡Ay! el mismo marqués necesitaba urgentísimamente tomar baños alcalinos para su reuma, y no podia, no queria emprender el viaje. Su deber le retenia en Madrid al lado de su hijo enfermo; su deber le prohibia gastar en su persona lo que reclamaba la vida amenazada de Luis Gonzaga, un jóven sin igual, casi un sacerdote, un santo bajado del cielo... El marqués conocia los deberes que le

imponia su situación, y estaba decidido á cumplirlos. Si, su *hidalguía genuinamente española* se lo ordenaba así; pero necesitaba los consejos de un amigo cariñoso y desinteresado; necesitaba que alguien le animase con palabras varoniles y le alentase con ejemplos eficaces; necesitaba de un hombre recto, juicioso, franco, enemigo de farsas; necesitaba, en fin, un apoyo moral, puramente moral...

—Repito que un apoyo moral nada más,— dijo, terminando la frase con un suspiro y extrujando entre sus manos la de Leon.

Si éste fuera capaz de envanecerse con las alabanzas, aún siendo merecidas, se habria hinchado de satisfaccion cuando Milagros, dos ó tres dias despues, le dijo con tono de verdad sincera:

—¡Cuán cierto es, querido hijo, que un buen corazon puede existir debajo de una cabeza vacía de ideas religiosas!

Y cuando el marqués le dijo:

—Ya te tenia por el hombre mejor del mundo. Es tan grande tu bondad, que me hará creer en una utopia; ya sabes que yo no creo en utopias, pero ahora... En fin, no puedo expresarte lo que siento al ver el interés que tomas por el decoro de tu familia. Bien conoces tú que en el Diluvio de las pasiones

es necesario que la familia se salve. ¡Sí, la sociedad se hunde; pero sobrenadará la familia, el arca...!

Dicho sea en honor de la verdad, Leon más que la salvacion de su familia política, comparada, no sin gracejo, por el marqués con el arca de Noé, habia tenido presente la enfermedad del gemelo de su esposa y la pena que ésta sentia al ver lo mal dispuestos que estaban sus padres para las horas afflictivas y los dispendios que tan cerca andaban.